

SENTIDO
Y
SENSIBILIDAD

Jane Austen

Libros de
seda

❧ CAPÍTULO 1 ❧

La familia Dashwood llevaba mucho tiempo asentada en Sussex. Poseían una finca extensa y residían en Norland Park, en el centro de la propiedad, donde habían llevado una vida respetable durante tantas generaciones que se habían ganado la buena opinión de todos sus vecinos. El último propietario de la hacienda había sido un caballero soltero que vivió hasta una edad muy avanzada y quien, durante muchos años, halló en su hermana una fiel compañera y ama de casa. Sin embargo, la muerte de la mujer diez años antes que la del señor Dashwood supuso un gran cambio para su hogar, pues, para suplir su pérdida, el hombre invitó y recibió en su casa a la familia de su sobrino, el señor Henry Dashwood, el legítimo heredero de la finca Norland y la persona a la que tenía intención de legársela. El anciano vivía complacido en compañía de su sobrino, su sobrina y los hijos de ambos, y cada vez les tenía más cariño. Las continuas atenciones que le prodigaban el señor Henry Dashwood y su esposa, cosa que no hacían solo por interés, sino porque les salía del corazón, le proporcionaban el conveniente grado de comodidad que podía disfrutar a su edad; y la jovialidad de los niños alegraba sus días.

El señor Henry Dashwood tenía un vástago de un matrimonio anterior y tres hijas de la que en ese momento era su esposa. El hijo, un joven formal y respetable, gozaba de una posición acomodada gracias a la fortuna de su madre, que había sido cuantiosa. El muchacho había recibido la mitad al alcanzar la mayoría de edad. De igual forma, su riqueza aumentó cuando contrajo matrimonio, cosa que ocurrió poco después. Por tanto,

para él, heredar la finca de Norland no era tan importante como para sus hermanas, cuya fortuna, independientemente de lo que pudiera suponer para ellas que su padre heredara la propiedad, no sería muy cuantiosa. Su madre no tenía nada y su padre solo disponía de siete mil libras, pues la mitad sobrante de la herencia de su primera esposa estaba reservada a su hijo y él solo disfrutaba de un usufructo vitalicio.

El anciano caballero falleció: se leyó su testamento y, como ocurre con casi todos los testamentos, provocó tanta decepción como alegría. No fue ni tan injusto ni tan desagradecido como para no dejarle la finca a su sobrino, pero lo hizo en tales términos que la herencia perdió la mitad de su valor. El señor Dashwood había esperado esta herencia más por el bien de su esposa y sus hijas que por el suyo o el de su primogénito; sin embargo, fue su hijo y por el hijo de este, un niño de cuatro años, quienes salían beneficiados, y todo quedó dispuesto de tal forma que él se quedó sin poder para asegurar el futuro de sus seres más queridos y necesitados con las rentas de las tierras o la venta de sus valiosos bosques. Toda la herencia quedó asegurada para beneficio de ese hijo, quien, durante las esporádicas visitas a Norland con sus padres, se había ganado el afecto de su tío gracias a los encantos propios de los niños de dos o tres años, como la lengua de trapo, el firme deseo de salirse con la suya, una infinidad de travesuras y mucho alboroto. Y todo eso terminó por arrinconar el valor de las atenciones que, durante años, el caballero había recibido por parte de su sobrina y las hijas de esta. Sin embargo, nunca tuvo intención de ser desconsiderado y, como muestra de afecto por las tres muchachas, les dejó mil libras a cada una.

Al principio, el señor Dashwood se sintió muy decepcionado, pero tenía un temperamento alegre y optimista, y, además, albergaba la esperanza razonable de vivir muchos años, cosa que, si hacía con sobriedad, podía suponerle una suma considerable gracias a los rendimientos de una finca de por sí extensa y susceptible de mejoría casi inmediata. Pero dicha fortuna, que tanto

había tardado en llegar, solo fue suya durante un año. No sobrevivió más tiempo a su tío; y a su viuda y sus hijas solo les quedaron diez mil libras, incluyendo los últimos legados.

Mandaron llamar a su hijo en cuanto se supo que la vida del señor Dashwood corría peligro, y a él fue a quien encomendó, con todo el rigor y la urgencia que la enfermedad imponía, el cuidado de su madrastra y sus hermanas.

El señor Dashwood no albergaba sentimientos tan nobles como el resto de la familia, sin embargo, se sintió conmovido por una solicitud de esa naturaleza y formulada en tales circunstancias, y prometió hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurar el bienestar de las damas. La promesa tranquilizó a su padre y el señor John Dashwood tuvo mucho tiempo para considerar cuánto podría hacer por ellas sin olvidar la prudencia.

No era un joven con mala disposición, a menos que ser bastante despiadado y egoísta se consideraran cualidades propias de la mala disposición, pero, en general, era un hombre respetado, pues afrontaba con decoro sus quehaceres cotidianos. De haberse casado con una mujer más indulgente, tal vez hubiera sido un hombre más respetable de lo que era: podría incluso haber sido bondadoso, pues era muy joven cuando se casó y estaba muy enamorado de su esposa. Pero la señora de John Dashwood era una caricatura de su marido, todavía más obtusa y egoísta.

Cuando le hizo la promesa a su padre, el señor Dashwood se planteó la posibilidad de aumentar la fortuna de sus hermanas regalándoles mil libras a cada una. Por ese entonces se consideraba dispuesto a hacerlo. La perspectiva de recibir cuatro mil libras al año, sumadas a sus ingresos, además de la mitad que quedaba de la herencia de su madre, le ablandó el corazón y le hizo sentirse generoso. Sí, les daría tres mil libras: ¡era una cantidad espléndida y considerada! Con eso bastaría para que vivieran con suficiente holgura. ¡Tres mil libras! Podía permitirse prescindir de una suma así de considerable sin que ello le supusiera mucho inconveniente. Lo estuvo meditando todo el día y los siguientes, y no se arrepintió.

En cuanto se celebró el funeral del padre, la señora de John Dashwood se presentó en la casa acompañada de su hijo y sus sirvientes sin informar de sus intenciones a su suegra. Nadie podía discutirle el derecho a hacerlo, pues la casa pertenecía a su marido desde el momento en que falleció su padre; no obstante, su gesto denotaba una falta de consideración muy grave, y para una mujer en la situación de la señora Dashwood, que pasaba por un momento delicado, debió de ser muy desagradable. Y es que poseía un sentido del honor tan acusado y una generosidad tan romántica que cualquier ofensa en ese sentido, quienquiera que la infligiese o sufriese, suponía para ella un continuo disgusto. La esposa de John Dashwood nunca había gozado de la predilección de ningún miembro de la familia de su marido, aunque hasta ese momento no había tenido la oportunidad de demostrarles tan pocos miramientos hacia el bienestar de otras personas cuando la ocasión lo requería. Tan mal le sentó a la viuda el desconsiderado gesto y tal fue el desprecio que sintió por su nuera que, en cuanto llegó esta, se habría marchado de la casa para siempre si su hija mayor no la hubiera convencido con un sinfín de ruegos para que reflexionara. El amor que sentía por sus tres hijas la empujó a quedarse y evitar, por el bien de ellas, una ruptura en la relación con su hermano.

Elinor, la hija mayor, cuyo consejo había resultado tan efectivo, era tan lúcida y juzgaba con tal sensatez que estaba capacitada, ya a sus diecinueve años, para ser la consejera de su madre, y con frecuencia contrarrestaba, por el bien de todas, la impulsividad de la señora Dashwood, que solía comportarse con imprudencia. Era una joven de buen corazón y cariñosa; tenía carácter, pero sabía gobernarlo, cosa que su madre todavía no había logrado y que una de sus hermanas no estaba dispuesta a intentar siquiera.

En muchos aspectos, Marianne era bastante parecida a Elinor. Era una muchacha sensata y despierta, pero tan apasionada en todos los sentidos, que jamás afrontaba sus penas y alegrías

con moderación. Generosa, amable e interesante, era de todo menos prudente. El parecido con su madre resultaba asombroso.

A Elinor no le preocupaba la excesiva sensibilidad de su hermana, pero la señora Dashwood la valoraba y apreciaba. En esos momentos alimentaban mutuamente la intensidad de su aflicción. Reavivaban de manera voluntaria la agonía del dolor que las asolaba, la buscaban y la recreaban una y otra vez. Se abandonaban por completo a la melancolía, dejándose llevar por sus pesares, y estaban decididas a no aceptar consuelo alguno en un futuro. Elinor también estaba muy afligida, pero aún podía luchar y hacer un esfuerzo. Fue capaz de pedir consejo a su hermano y de recibir a su cuñada cuando llegó, además de tratarla con la debida atención; incluso llegó a conseguir que su madre hiciera algo parecido y la animó a ser paciente.

Margaret, la otra hermana, era una muchacha alegre y con buen carácter: sin embargo, como ya se había contagiado de las fantasías románticas de Marianne, pero no de su sensatez, a sus trece años no parecía muy probable que acabara pareciéndose a sus hermanas.

❧ CAPÍTULO 2 ❧

La esposa de John Dashwood se había convertido en la señora de Norland, y su suegra y sus cuñadas quedaron relegadas a la condición de invitadas. Sin embargo, como tales, las trataba con educación. Su marido, con toda la amabilidad que era capaz de mostrar a cualquiera que no fuera él mismo, su esposa o su hijo, insistió en que consideraran Norland su hogar. Como a la señora Dashwood ningún plan le parecía más idóneo que quedarse allí hasta que pudiera mudarse a alguna casa de la vecindad, aceptaron la invitación.

Vivir en un lugar donde todo le recordaba sus pasadas alegrías era lo que más le convenía. Durante las épocas felices, nadie se mostraba más alegre que ella ni albergaba mayores expectativas de felicidad. Pero en las penas se dejaba llevar de igual forma por sus fantasías, y era tan difícil de consolar como excesiva en sus placeres.

La señora de John Dashwood no aprobaba lo que su marido se proponía hacer por sus hermanas. Restar tres mil libras a la herencia de su querido hijito lo empobrecía del modo más espantoso, por eso le suplicó que lo pensara mejor. ¿Cómo podría perdonarse si le quitaba a su hijo, su único descendiente, además, una suma tan cuantiosa? Y ¿qué derecho podían tener las señoritas Dashwood, que solo eran sus hermanastras, cosa que ella no consideraba siquiera un parentesco, a que les cediera, tan generosamente, una suma tan importante? Era bien sabido que no tenía por qué existir ningún afecto entre hijos de distintos matrimonios, ¿por qué

entonces habría de arruinarse él, y también arruinar al pobre Harry, dando su dinero a sus hermanastras?

—Fue la última voluntad de mi padre; me pidió que me ocupara de su viuda y sus hijas —alegó su esposo.

—Estoy segura de que no sabía lo que decía; apuesto diez contra uno a que en ese momento deliraba. De haber estado en sus cabales, no se le hubiera ocurrido pedirte que sacrificaras la mitad de la fortuna de tu propio hijo.

—Él no estipuló ninguna suma en particular, querida Fanny; solo me pidió que las ayudara y me asegurara de que vivieran con holgura, pues él no podía ocuparse de ello. Tal vez hubiera hecho mejor en dejar el asunto en mis manos. No creo que pensara que yo fuera a desatenderlas. Pero como me lo hizo prometer, no pude hacer otra cosa que aceptar; al menos eso me pareció en ese momento. Hice una promesa y debo cumplirla. Habrá que hacer algo por ellas cuando se marchen de Norland y se muden a un nuevo hogar.

—Bien, pues hagamos algo por ellas; pero ese algo no tiene por qué ser darles tres mil libras. Piensa que una vez que te desprendes del dinero, ya nunca lo recuperas. Tus hermanas se casarán y esa cantidad se perderá para siempre. Si hubiera alguna forma de restituir la cantidad a nuestro pobre hijito...

—Desde luego —afirmó su marido muy serio— eso supondría una gran pérdida. Podría llegar un día en el que Harry lamentara que nos hubiésemos desprendido de una cantidad tan importante. Si llegara a tener familia numerosa, por ejemplo, sería una suma muy necesaria.

—Ya lo creo.

—Entonces, quizá sería mejor para todos los interesados que la suma se redujera a la mitad. ¡Quinientas libras supondría un aumento prodigioso para sus respectivas fortunas!

—¡Oh, supera cualquier expectativa! Qué hombre haría siquiera la mitad por sus hermanas, incluso por sus verdaderas hermanas. Y eso que, en realidad, solo son tus hermanastras. Sin embargo, tú... ¡tienes un alma tan generosa!

—No quisiera ser mezquino —contestó él—. En estos casos, es mejor hacer de más que de menos. Por lo menos nadie podrá decir que no he hecho lo suficiente por ellas; ni siquiera ellas mismas podrían esperar más.

—Es imposible saber lo que ellas pueden esperar —dijo la dama—, pero nosotros no debemos pensar en sus expectativas: la cuestión es qué puedes permitirte hacer.

—En efecto. Y creo que puedo permitirme darles quinientas libras a cada una. Sin que yo les dé nada más, cuando muera su madre cada una de ellas dispondrá de tres mil libras, una fortuna considerable para cualquier joven.

—Desde luego, y, a decir verdad, pienso que quizá no quieran dinero. Dispondrán de diez mil libras entre las tres. Si se casan, ya se asegurarán de hacerlo bien, y si no lo hacen, podrán vivir juntas y holgadamente con los intereses de esas diez mil libras.

—Tienes toda la razón, por eso quizá sería más prudente hacer algo por su madre mientras viva que por ellas; me refiero a algo como asignarle una renta anual. De esta forma, mis hermanas se beneficiarán tanto como ella. Con cien libras al año todas vivirían con desahogo.

Sin embargo, su esposa vaciló un poco antes de dar su consentimiento al plan.

—Desde luego —dijo—, es mejor que desprenderse de mil quinientas libras de una vez. Aunque si la señora Dashwood vive quince años más, la cosa quedaría igual.

—¡Quince años! Querida Fanny, no vivirá ni para recibir la mitad de esa cantidad.

—Quizá. Pero, si te das cuenta, la gente siempre vive una eternidad cuando recibe una renta anual, y ella es una mujer muy sana y fuerte, y apenas tiene cuarenta años. Una renta anual es algo muy serio; se repite año tras año y es ineludible. No eres consciente de lo que haces. Yo conozco perfectamente los problemas que se derivan de las rentas anuales, porque mi madre vivía asfixiada por el pago de tres a antiguos sirvientes, según lo

dispuesto en el testamento de mi padre, y le resultaba desalentador. Las rentas debían pagarse dos veces al año; después estaba el problema de hacerlas llegar debidamente; y entonces se dijo que uno de los beneficiarios había muerto, cosa que al final resultó no ser así. Mi madre acabó harta. Decía que con esas obligaciones perpetuas su dinero no le pertenecía; y fue muy desconsiderado por parte de mi padre, pues, de lo contrario, el dinero hubiera estado a disposición de mi madre sin restricciones de ninguna clase. Aborrecí de tal forma las rentas anuales que estoy convencida de que no me comprometería a pagarlas por nada del mundo.

—Es ciertamente desagradable eso de tener fugas anuales en los propios ingresos —reconoció el señor Dashwood—. Como bien decía tu madre, a uno no le pertenece su fortuna. Vivir obligado al pago regular de semejante cantidad no es nada deseable, le roba a uno su independencia.

—Por supuesto. Además, nadie te lo agradece. Ellos se sienten seguros, tú solo haces lo que se espera de ti y no eres merecedor de agradecimiento alguno. Si estuviera en tu lugar, hiciera lo que hiciese, dependería solo de mí. No me comprometería a entregar ninguna cantidad anual. Algunos años podría resultar muy inconveniente tener que reducir nuestros ingresos en cien libras, o incluso en cincuenta.

—Me parece que tienes razón, querida; será mejor que no dispongamos una renta anual en este caso. Cualquier cantidad que les ceda de forma ocasional será de mucha más ayuda que una asignación anual, pues, si tuvieran la seguridad de recibir una suma mayor, elevarían su nivel de vida, y al terminar el año no serán ni seis peniques más ricas. No hay duda de que esa será la mejor solución. Un regalo de cincuenta libras de vez en cuando evitará que vivan preocupadas por el dinero, y yo creo que de esta forma me descargaré sobradamente de la promesa que le hice a mi padre.

—Claro que sí. A decir verdad, estoy convencida de que tu padre no pretendía que les dieras dinero. Me atrevería a decir

que solo se refería a que les prestaras la ayuda razonable que cabría esperar de ti; por ejemplo, buscarles una casita acogedora, ayudarlas a hacer la mudanza y enviarles algún pescado o piezas de caza cuando sea temporada. Apostaría mi vida a que no se refería a otra cosa; sería muy extraño y poco razonable que así fuera. Ten en cuenta, querido señor Dashwood, lo holgada que sería la vida de tu madrastra y sus hijas gracias a los intereses de siete mil libras, además de las mil libras de cada una de las muchachas, cosa que les renta cincuenta libras anuales a cada una y, por supuesto, con ese dinero pagarán la manutención a su madre. En total contarán con quinientas libras anuales, ¿qué más podrían desear cuatro mujeres? ¡Vivirán con lo mínimo! No gastarán nada en mantenimiento. No tendrán carruaje ni caballos y apenas sirvientes; no recibirán visitas, ¡y no tendrán gastos! ¡Imagina lo bien que van a vivir! ¡Quinientas libras al año! Te aseguro que me cuesta imaginar que lleguen a gastar la mitad siquiera. Es absurdo pensar en darles más. Estarán ellas en mejor situación para darte algo a ti.

—Cielos —exclamó el señor Dashwood—, creo que tienes toda la razón. Mi padre no podía referirse con su petición a más de lo que dices tú. Ahora lo entiendo todo, y cumpliré estrictamente con mi palabra mediante esos gestos de ayuda y amabilidad que has descrito. Cuando mi madrastra se traslade a otra casa, yo le ofreceré mis servicios para ayudarla en todo lo que pueda. Y en ese caso, quizá también sea adecuado regalarle algún mueble.

—Desde luego —repuso la señora de John Dashwood—. Sin embargo, hay que tener una cosa en cuenta. Cuando tu padre y tu madrastra se mudaron a Norland, vendieron el mobiliario de Stanhill, pero conservaron la porcelana, la cubertería y la mantelería, y tu madrastra se ha quedado con todo. Por tanto, su casa estará casi completa cuando ella se mude.

—Sin duda. Esa es una consideración importante. ¡Desde luego es un legado valioso! Y, sin embargo, parte de esa cubertería nos hubiera venido muy bien aquí.

—Sí; y el juego de porcelana para el desayuno es mucho más bonito que el de esta casa. Demasiado bonito, en mi opinión, para cualquier lugar donde ellas puedan permitirse vivir. Pero, en cualquier caso, así son las cosas. Tu padre solo pensó en ellas. Y te diré algo: no les debes ninguna gratitud particular ni tienes por qué prestar especial atención a sus deseos, pues ambos sabemos perfectamente que, de haber podido, se lo hubiera dejado casi todo a ellas.

Este argumento fue irrefutable. Confirió a las intenciones del señor Dashwood el empeño del que habían carecido. Y finalmente decidió que sería del todo innecesario, cuando no altamente indecoroso, hacer más por la viuda y las hijas de su padre que la clase de amables gestos que su esposa había propuesto.

❧ CAPÍTULO 3 ❧

La señora Dashwood se quedó varios meses en Norland. Y no fue porque tuviera aversión a mudarse cuando la imagen de esos rincones que tan bien conocía dejó de inspirarle las intensas emociones que le provocaron durante un tiempo, pues, cuando recuperó el ánimo y su mente empezó a ser capaz de otra cosa que potenciar su aflicción mediante recuerdos tristes, empezó a estar impaciente por marcharse. Buscó sin descanso una vivienda apropiada en las cercanías, dado que alejarse de aquel querido lugar le resultaba imposible. Pero no encontraba ningún emplazamiento que se adaptara a sus necesidades de comodidad y bienestar y, al mismo tiempo, encajara con la prudencia de su hija mayor, quien, con su buen juicio, rechazó varias casas que su madre hubiera aprobado por considerar que no estaban al alcance de sus ingresos.

El señor Dashwood había informado a su esposa, antes de fallecer, de la solemne promesa que su hijo había hecho a su favor, cosa que había apaciguado las últimas preocupaciones terrenales del caballero. Ella no dudaba de la veracidad de dicha afirmación más que su marido, y quedó satisfecha al respecto por el bien de sus hijas, aunque en su fuero interno estaba convencida de que podría vivir holgadamente con una suma muy por debajo de las siete mil libras. También se alegraba por el hermano de sus hijas, por la generosidad que demostraba; y se reprochaba el no haber valorado antes sus méritos y haberlo creído incapaz de ser generoso. Su atento comportamiento hacia ella y sus hermanas la convenció de que estaba de veras preocupado por su bienestar, y durante mucho tiempo confió firmemente en la generosidad de sus intenciones.

El desdén que había sentido por su nuera casi desde el primer momento aumentó cuando fue conociéndola mejor después de convivir seis meses con ella y su familia; y tal vez, a pesar de lo mucho que se esforzó por ser amable o demostrar afecto maternal, a las dos damas les hubiera parecido imposible vivir juntas durante tanto tiempo de no haber sido porque, según opinaba la señora Dashwood, una circunstancia particular hizo todavía más conveniente que sus hijas siguieran residiendo en Norland.

Dicha circunstancia fue el creciente apego surgido entre su hija mayor y el hermano de la señora de John Dashwood, un joven y encantador caballero que les presentaron un poco después de que su hermana se mudara a Norland, y quien, desde entonces, había pasado allí la mayor parte del tiempo.

Algunas madres podrían haber alentado el acercamiento por interés, pues Edward Ferrars era el primogénito de un hombre que había fallecido siendo muy rico; y otras lo habrían reprimido por prudencia, pues, a excepción de una suma insignificante, toda la fortuna del joven dependía de la voluntad de su madre. Pero la señora Dashwood no se sentía influida por ninguna de esas consideraciones. A ella le bastaba con que el muchacho pareciera amable y amara a su hija, y que Elinor le correspondiese. Ella no compartía la idea de que las diferencias económicas debían separar a cualquier pareja atraída por inclinaciones similares; además de resultarle imposible que pudiera existir alguien incapaz de reconocer las cualidades de Elinor en cuanto la conociera.

Edward Ferrars no se ganó la buena opinión de las Dashwood gracias a su personalidad o trato. No era apuesto, y para considerarlo agradable era preciso conocerlo bien. Era demasiado reservado para vanagloriarse; sin embargo, cuando superaba su timidez natural, su comportamiento revelaba un corazón franco y afectuoso. Era un muchacho inteligente y sus estudios habían potenciado ese rasgo. Sin embargo, carecía de las habilidades o la disposición para complacer los deseos de su madre y su hermana, que anhelaban verlo convertido en... no sabían qué.

Ellas querían que destacara en la vida de un modo u otro. Su madre deseaba que se interesara por la política, verlo en el Parlamento o relacionado con alguno de los hombres más importantes del momento. La señora de John Dashwood compartía el mismo deseo, pero entre tanto, y hasta que pudiera obtener alguna de aquellas bendiciones superiores, verlo conducir una calesa habría bastado para colmar sus ambiciones. Pero el joven no tenía interés en convertirse en un hombre importante, ni en conducir una calesa. Todos sus deseos giraban en torno a las comodidades domésticas y la serenidad de la vida privada. Por suerte tenía un hermano pequeño más prometedor.

Edward llevaba varias semanas en la casa antes de captar la atención de la señorita Dashwood, pues en ese momento se sentía tan afligida que no prestaba atención a nada, solo veía que era un muchacho callado y discreto, y eso le gustaba. Nunca irrumpía en su desdicha con conversaciones inoportunas. La primera vez que lo observó con detenimiento y empezó a verlo incluso con mejores ojos fue tras una reflexión que hizo un día, cuando comentó lo diferente que era Edward de su hermana. Dicho contraste se ganó la buena opinión de la señora Dashwood enseguida.

—Basta con eso —afirmó—. Decir que no se parece a Fanny es suficiente. Significa que es un joven agradable. Solo por eso ya lo quiero.

—Creo que te gustará más a medida que vayas conociéndolo —dijo Elinor.

—¡Gustarme! —repuso su madre con una sonrisa—. No albergo sentimiento de aprobación alguno inferior al amor.

—Quizá le tengas estima.

—Nunca he sabido separar la estima del amor.

A partir de ese momento, la señora Dashwood se esforzó por conocerlo. Lo trató con mucho cariño y enseguida superó sus reservas. Pronto descubrió todas sus virtudes, y quizá la convicción del cariño que el joven sentía por Elinor terminó por inclinar la balanza. Pero realmente quedó convencida de su valía.

Incluso el carácter sereno de Edward, que atentaba contra todas las ideas preconcebidas de la señora Dashwood sobre cómo debía ser un joven, dejó de resultarle poco interesante cuando descubrió que tenía un corazón tierno y un temperamento afectuoso.

En cuanto advirtió el primer atisbo de amor de su hija en su comportamiento hacia él, empezó a ver como algo seguro el vínculo entre ellos y confió en que su matrimonio fuera inminente.

—Dentro de pocos meses, querida Marianne —dijo— con toda probabilidad Elinor se habrá establecido para siempre. La añoraremos, pero ella será feliz.

—¡Ay, mamá! ¿Qué haremos sin ella?

—Querida, apenas nos separaremos de tu hermana. Viviremos a pocos kilómetros de distancia y nos veremos todos los días. Y tú ganarás un hermano, un hermano de verdad, además de afectuoso. Tengo una gran opinión sobre los sentimientos de Edward. Pero parece seria, Marianne, ¿acaso no apruebas la elección de tu hermana?

—Quizá me haya sorprendido un poco —confesó la muchacha—. Edward es muy bueno y le tengo cariño. Sin embargo, no es la clase de joven..., le falta algo, no tiene una figura llamativa, no posee ninguna de las cualidades que esperaría en el hombre que pudiera despertar el interés de mi hermana. Sus ojos no muestran el espíritu y el fuego que denotan virtud e inteligencia. Además, me temo que carece de gusto. No parece que le interese la música y, aunque admira mucho los dibujos de Elinor, no es la admiración propia de una persona capaz de apreciar su valor. A pesar de que suele prestarle atención mientras dibuja, es evidente que en realidad no entiende nada sobre la materia. Admira su trabajo como lo haría un enamorado, no como un entendido. Y para satisfacerme a mí esas dos facetas deben ir unidas. Yo no podría ser feliz con un hombre cuyo gusto no coincidiera con el mío punto por punto. Tendría que compartir todos mis sentimientos: deberían gustarle los mismos libros y la misma música. ¡Ay, mamá! ¡Qué apocada y aburrida fue la lectura con

la que Edward nos deleitó ayer por la noche! Me compadecí mucho de mi hermana. Sin embargo, ella lo afrontó con tal compostura que apenas pareció advertirlo. No sé cómo aguanté sentada tanto tiempo. ¡Escuchar esos preciosos versos, que tan a menudo han estado a punto de volverme loca, recitados con esa calma impenetrable y esa espantosa indiferencia...!

—No hay duda de que Edward hubiera hecho más justicia a una prosa sencilla y elegante. Ya lo pensé en ese momento, ¡pero tú tuviste que darle a Cowper!

—¡Ay, mamá, si no se anima ni con Cowper...! Pero debemos entender que cada uno tiene sus gustos. Elinor no piensa igual que yo y quizá pueda pasar eso por alto y ser feliz con él. Pero de haber sido yo quien le amara, me hubiera roto el corazón oírlo leer con tan poca sensibilidad. Cuanto mejor conozco el mundo, más me convenzo de que jamás encontraré un hombre al que pueda amar de verdad. ¡Soy tan exigente! Debe tener todas las virtudes de Edward, pero su apariencia y sus modales deben adornar sus bondades con todos los encantos posibles.

—Recuerda que aún no tienes diecisiete años, cariño. Todavía es demasiado pronto para impacientarse por alcanzar esa felicidad. ¿Por qué ibas a ser menos afortunada que tu madre? ¡Espero que tu destino solo difiera del mío en una circunstancia!